parece suya, aunque no tenga el *Juárez fecit*. Mi difunto amigo D. Manuel Villar y yo tomamos empeño en que ese cuadro viniera á la Academia, antes de que se formase aquí ningún proyecto sobre pinturas mexicanas, y cuando no podíamos considerarlo sino bajo el respecto de su mérito artístico. El semblante del Salvador en aquella tremenda hora, es de una expresión singular.

Pesado.

¿Decías que hubo varios artistas Juárez?

Conto.

Ahí tienes luego al segundo que se llamó José, y es autor de ese cuadro grande apaisado que presenta una visión celestial de San Francisco. La Virgen llega á visitarlo, trayendo á su divino Hijo, acompañada de un numeroso cortejo de ángeles que le dan música. El santo la recibe arrodillado, y parece prepararse á tomar en sus brazos al niño.

Pesado.

Lástima que ese lienzo haya sufrido ó del tiempo ó de mano de limpiadores. Sin embargo, ofrece rasgos que descubren un autor inteligente.

Clavé.

Por sólo él no puede estimarse á José Juárez en lo que vale. En los claustros de la Profesa hay dos cuadros suyos, uno de San Alejo y otro de los dos niños mártires, San Justo y San Pastor, que estarían bien en cualquier museo de pinturas en que se pusieran. Tal es la nobleza de las figuras, su excelente traza, el color muy bien entendido, y un total en que descansa regaladamente la vista. Tengo también por de José Juárez, aunque no están firmados, los tres grandes lienzos que hay en San Francisco, en la escalera que sube de la sala de Profundis, y representa milagros del Santo fundador y del Beato Salvador de Orta. El estilo me parece todo de este pintor. Aquellos cuadros son de bastante mérito.[37]

Pesado.

¿Sabes la época precisa en que pintaba?

Couto.

En la portería de San Diego hay un cuadro apaisado del niño Jesús y San Juan, firmado de su mano y con fecha 1642. Los de San Alejo y San Justo y Pastor, de que habló el Sr. Clavé, son de 1653. En el convento de San Francisco he visto otro de la visión que tuvo el Santo, cuando un ángel le presentó un vaso de agua cristalina, símbolo de la pureza sacerdotal, y es de 1698. De manera que trabajó en la ciudad al menos por espacio de 56 años.

Pesado.

Creo que has dicho antes que hacia el mismo tiempo florecía Sebastián de Arteaga, á quien Beltrami supuso el más antiguo pintor de México; y que de él es ese desposorio de la Virgen que tenemos á la vista.

Couto.

Dije, en efecto, que por el Santo Cristo que está en la sacristía de la Colegiata de Guadalupe, consta que trabajaba en 1643; y ahora añado que era notario de la Inquisición. Esta circunstancia puede explicar la escasés de pinturas suyas: los quehaceres del empleo no le dejarían tiempo para ejercitar el arte, pues cabalmente existió en la época en que el tribunal desplegaba más que nunca su temible actividad.[38] Además. no necesitaría, como otros, subsistir de la pintura. Yo no he logrado ver más obras suyas, bien auténticas, que ésa que está ahí, la de la sacristía de Guadalupe, y un insigne Santo Tomás, metiendo la mano en la llaga del costado de Cristo, que hay en el presbiterio de la Iglesia de San Agustin, sobre la puerta que da á la sacristía.

Pesado.

Pues á fe que si por ésta del desposorio hemos de juzgar de su habilidad, debemos sentir que el señor notario no se hubiera

dejado los procesos, los expedientes y toda la balumba de papeles de la notaría para darse exclusivamente al pincel y los colores.

Clave.

La composición, aunque sencilla, está bien ideada. Un pontífice colocado en el centro, toma con una de sus manos la de la Virgen, y con la otra la de San José, para unirlas. Algunos ángeles animan la escena y se muestran oficiosos en servir á su reina; como ése que por atrás le recoge la larga vestidura. El Pontífice es un personaje grave y respetable, pero al que no faltan dulzura y bondad. Mas donde naturalmente apuró su arte el pintor, fué en la figura de la Virgen. Vea vd. qué doncella tan esbelta, tan bien parada; y al mismo tiempo tan modesta y ruborosa, que se percibe el encogimiento con que tiende la manc para tocar la del esposo. Bueno es también éste, y sobre todo los paños. Nuestro amigo Caballari nos decía una vez, que esa capa amarilla de San José le recordaba los grandes coloristas de la escuela veneciana, y

que el cuadro, en su conjunto, le parecía el mejor de los que aquí hay. Sin extenderme á tanto, creo que es de los buenos, y que debe merecer á su autor uno de los primeros puestos entre los pintores mexicanos. El de Santo Tomás de que habló el Sr. Couto, confieso á vdes. que yo lo tomaría por de algún boloñés de la escuela de Caracci, si la firms de Arteaga, escrita al pié, no asegurara á éste la gloria de haber ejecutado tan excelente pintura. Está hecha con un vigor y una fuerza desconocidos en la escuela mexicana, cuyo rasgo característico es la blandura y suavidad. Frente á él está colgado otro cuadro de los discípulos de Emaus, sumamente estropeado, y sin nombre de autor; pero que parece venir de la misma mano, pues campean en él las mismas dotes. Por último, he oído decir que en un convento, no recuerdo cuál, hay de Arteaga una adoración de los Reyes, en que se nota su estilo fuerte y resuelto.

Pesado.

Allí sobre la puerta veo un gran lienzo del entierro del Salvador, con el nombre

de Baltasar de Echave, y la data de 1665. Pero no parece del mismo autor que los que vimos antes.

Couto.

Es en efecto del segundo pintor de ese nombre, así como el martirio de San Pedro de Verona que está al lado, y los cuatro evangelistas chicos que hay abajo. El Entierro se adquirió de la iglesia que llaman del hospital de Texcoco; los demás nos vienen de la Colegiata de Guadalupe, cuyo cabildo los donó á la Academia. Sospecho que este pintor pudo ser hijo del primer Baltasar de Echave, no sólo por llevar su nombre según el uso de las familias entre nosotros, sino porque algún biógrafo del padre, dice positivamente que no sólo su mujer, sino también sus hijos eran pintores.[39]

Clavé.

La diferencia del estilo entre los dos se echa de ver luego. El viejo atildaba y concluía perfectamente sus obras, en las

cuales resplandece por otra parte un excelente gusto y buena ciencia del arte. Este segundo era pintor de efecto, que daba golpes fuertes y no se cuidaba mucho de acabar. Aun se observan incorrecciones de dibujo, que con un poco de atención se hubieran evitado, como la que hay en este brazo que cuelga del Salvador muerto. Sin embargo, la obra en totalidad hace impresión y manifiesta venir de una mano franca, capaz de ejecutar buenas cosas, cuando se detenga á estudiarlas. Hay aquí rasgos que recuerdan la pintura grasa y vigorosa de Arteaga en el Santo Tomás de la iglesia de San Agustín.

Couto.

Otro tercer Echave (Manuel) hubo hacia el mismo tiempo, de quien conozco un cuadro apaisado con figuras del Niño, la Virgen y San José, de medio cuerpo; y si no hacía cosas mejores que ésa, no merecería que se le mencionara, á no ser por el apellido que lleva, y que acaso atestigua su deudo de sangre con los dos de quienes hemos hablado.

Pesado.

De suerte que entonces pudiera aplicársele en el Nobilario de las Artes el dicho del poeta latino:

.....periit omnis in illo
Nobilitas, cujus laus est in origine sola.

Couto.

Aquel cuadro más chico que queda acá á la izquierda, y es un santo obispo dando limosna á unos pobres, es de Antonio Rodríguez, que lo pintó en 1665. Poco interés tiene en sí; pero á los ojos de los peritos presenta ciertos rasgos de la escuela de José Juárez, ó quienquiera que sea el autor de los milagros de San Salvador de Orta. Del mismo Antonio Rodríguez he visto en San Camilo una Santa Teresa, de 1663, y en Belem un San Agustín, escribiendo, que me pareció de más mérito. Por aquel tiempo florecían otro Rodríguez (José) y Antonio Alvarado, que pintaron el arco triunfal que erigió la ciudad para el recibimiento del Virrey Conde de Paredes en 1680,

y cuya pomposa descripción nos ha dejado D. Carlos de Sigüenza en el Teatro de virtudes políticas. De José Rodríguez dice que sólo era inferior á los antiguos en la edad, y que á retratos hechos por él no faltó quien los saludara como vivos. Igual le parece Alvarado en la valentía del dibujo y en la elegancia del colorido.[40] Pero hay que recordar que aquel erudito escritor era inclinado como pocos á la hipérbole. También debieron existir hacia la misma época José Torres y Manuel Orellano, á quienes sólo de nombre conozco. De un Diego Casanova he visto una Purísima de 1664, mediana; de Juan de la Plaza, sin fecha, varias obras, un poco extravagantes; y de Nicolás Correa una Santa Rosa de 1691. Por aquel mismo tiempo, ó muy poco después, debió vivir Manuel Luna, de quien se dice que tenía alguna franqueza de ejecución y regular dibujo. Yo no he visto obras suyas.

Pesado.

Ahí en frente tienen vdes. otro Correa, Juan, en aquella Santa Bárbara que no ca-

rece de agrado. La figura es digna, el colorido templado, y el dibujo no parece malo.

Couto.

Ese cuadro nos viene de la Profesa, donde queda otro que de buena gana habría yo traído también, y representa á San José llevando de la mano al niño. De cuantas obras de Juan Correa han pasado por mis ojos, dentro y fuera de la ciudad, que han sido bastantes, tal vez sean estas dos las mejores. Correa pintó mucho: suyos son, entre otros, los dos cuadros del purgatorio que están á los costados del altar del Perdón en Catedral, y tienen fecha de 1704; si bien debió trabajar en México desde antes de concluirse el siglo precedente. También hay obras de su mano en Santo Domingo y la Merced: una de las que ví en este último convento, es copia del desposorio de la Virgen, de Arteaga. A Correa le hace más honor alguno de sus discípulos que sus pinturas. Hablo de D. José Ibarra, quien en su carta á Cabrera, que cité antes, le llama su maestro. Por cierto que cuenta que para hacer las Virgenes de Guadalupe, se valía de un

papel aceitado, en el cual se habían tomado al trasluz los perfiles de la imagen. Mezquina traza para un artista.

Pesado

El estudio de Nuestra Señora de Guadalupe, creo que fué cosa que ocupó á muchos pintores de aquel tiempo.

Couto

Desde que en 1648 publicó el presbítero Miguel Sánchez la primera historia de la aparición, se fijó la atención en la imagen, y empezaron á multiplicarse las copias; pues antes de esa época no había en la ciudad más que una, que estaba en Santo Domingo, según asegura un analista contemporáneo "En 1666 se hizo el reconocimiento facultativo del lienzo, en que intervinieron siete pintores, que fueron el Lic. Juan Salguero, clérigo; el Br. Tomás Conrado, hombre de letras; Sebastián López de Avalos, Nicolás de Fuen Labrada, Nicolás de Angulo, Juan Sánchez y Alonso Zárate; *sus obras*, escribía el autor del Es-

cudo de armas de México, hacia mediados del siglo último, aun nos están diciendo sus aciertos.[42] Yo no he visto hasta ahora todos ellos, sino unos cuadros apaisados del Avalos, que están en el altar de la testera de la Capilla de San Cosme en Catedral. y son poca cosa á juicio de los inteligentes. Por cierto que en la misma capilla hay, en el altar de la izquierda, sin nombre del autor, pero que parecen de escuela mexicana, y llaman justamente la atención, por la armonía de entonación que al Sr. Clavé le recordaba la de la escuela de Murillo. El del centro representa á San Agustín, encima hay una Anunciación, y de los cuatro de los lados, uno es San Ignacio, y otro San Felipe Neri. El retablo en que están no carecería de gracia, y es lástima que no se conserve con más aseo.

Clavé.

Recuerdo á vd. que en una pieza de abajo tenemos un lienzo de gran tamaño, que representa el nacimiento del Salvador, pintado por Pedro Ramírez, artista un poco grotesco, aunque no careciera de ejecución,

y en el que vd. ha creído reconocer semejanza con algunos de los cuadros de la sacristía de la Merced. Si por éste del nacimiento hemos de conjeturar la época en que existió el autor, debemos suponerlo contemporáneo de los Echaves y Juárez.[43]

Pesado.

Pues por lo que veo hubo en México no corto número de pintores en el siglo XVII.

Couto.

Aun nos falta mostrarte algo de los dos Rodríguez Juárez, que lo cerraron dignamente, y que dieron principio á una nueva edad de la pintura entre nosotros. Pero antes quiero decirte, que del mismo siglo XVII conozco además, de otros oscuros, algunos que por su mérito te nombraré. Sea el primero Juan de Herrera, á quien nuestros antepasados llamaron el *divino*, como en España á Luis Morales, ó porque sólo se ejercitaba en asuntos sagrados, ó por la perfección con que los desempeñó. En la capilla de reliquias de Catedral, que

mencioné atrás, hay en el altar principal doce cuadritos firmados de su nombre, con fecha de 1698, que representan santos mártires, bien acabados y de bastante gusto.

Clavé.

Tengo muy presente que cuando los vimos, nos dejaron algún sabor de estilo holandés.

Couto.

El segundo es Fr. Diego Becerra,[44] lego franciscano, connovicio del padre Vetancurt, que le llama insigne, y por quien sabemos que en la segunda mitad del siglo pintó varias obras para su convento, las cuales se quitaron de la portería por lo que allí sufrían, y se distribuyeron en otras partes del edificio.[45]

Clavé

Ese ha de ser el Becerra franciscano, de quien ahora dos años ví en su convento de Puebla, en la escalera, tres grandes lienzos

de asuntos de la Orden que pluguieron bastante.

Couto.

El tercero es otro Becerra, Nicolás, de quien hay en el Hospital de Terceros un cuadro grande de San Luquecio, pintado en 1693, y que parece una anticipación del estilo que años adelante usó Cabrera. El cuarto es el padre Manuel, jesuita, de cuya vida no he podido alcanzar noticia, á pesar de haberla buscado con diligencia. Beltrami, que lo coloca (ignoro sobre qué dato) en el siglo siguiente, dice que pintaba admirablemente con ambas manos, y que él vió una bella muestra de su talento en un cuadro de la Cena, en el refectorio de San Fernando. Bien hace quince años que yo busco la tal Cena en aquel convento, y no doy con ella, ni hay padre de los antiguos que la recuerde. La que allí enseñan, y que está ahora en un claustro de arriba, junto á la puerta de entrado de la sala de recibir, es obra de Pedro López Calderón, ejecutada en 1728, y firmada de su mano; de mediano mérito. Donde realmente había una pintnra del padre Manuel, era en la escalera del Co-

legio de San Gregorio, que se conservaba como estuvo en tiempo de los jesuitas. Es un cuadro apaisado, firmado del autor, y que representa la sacra Familia. Yo he visto pocas pinturas de México, que me hayan parecido de tanta gracia y perfección. Si así trabajaba siempre el padre, sin duda que rayó bien alto en el arte. El cuadro se habría trasladado hace tiempo á esta sala, si hubiese yo podido dominar la ira que me causaba la temeridad de no sé qué audaz restaurador, que quiso retocar, como ellos dicen, varias de las figuras, y las echó á perder del modo más lastimoso. Quedan sólo algunas intactas, y por ellas puede juzgarse de lo que era la obra en su estado original. El rancio de los colores me hace creer que fué anterior al siglo pasado. Nuestro amable amigo D. Urbano Fonseca, más paciente que yo, ha influido para que esa bellísima ruina (que así puede llamarse) pasara á la Escuela de Medicina, donde actualmente se halla.

Clavé.

Lo que vd. cuenta de ese cuadro, me re-

cuerda el dicho de un inteligente: más obras han estropeado los restauradores que la mano del tiempo.

Pesado.

Ibas á enseñarme algo de Rodríguez Juárez. A uno de ellos conozco desde que en años pasados vimos juntos tú y yo alguna cosa de su mano que nos llamó la atención en el colegio de Tepozotlán, antiguo noviciado de jesuitas. Del otro no tengo noticia.

Couto.

Pues comenzaré por esotro. Era presbítero y se llamaba Nicolás. Esta Santa Gertrudis, que ves aquí ofreciendo su corazón al Cristo crucificado que está sobre el altar, fué pintada por él en 1690, según consta de la firma que se lee abajo. En los claustros de la Profesa hay obras suyas, que no abundan mucho en la ciudad, quizá porque siendo clérigo, no tenía de oficio la pintura, y sólo la ejercitaba por afición. Era también hábil retratista. He visto de su

mano un niño, sobrino del Sr. Santa Cruz, obispo de Puebla, ejecutado no sin gracia.

Clavé.

En este cuadro de Santa Gertrudis es notable la dificultad que presentaba el pensamiento que sirvió de tema á la composición. La santa tenía que estar arrodillada delante del altar; y era preciso sacrificar, ó la vista de éste, que el espectador naturalmente espera encontrar al frente, ó la figura de la santa, que es el protagonista, poniéndola de espaldas, Nicolás Rodríguez salió del embarazo cogiendo al soslayo la escena, pero de manera que conservando del altar lo bastante para que se comprenda el asunto, la santa en el rostro y cuerpo se presente más que de medio perfil. En cuanto á la ejecución, la masa del altar mismo hace efecto por su sencillez y regularidad; la santa ofrece un buen total en los paños, en las carnes, y en la expresión; y el tono del fondo y el conjunto de la composición dan á la obra cierto aspecto de seriedad y alteza, en que se detiene no sin miramiento el espectador.

Pesado.

Las pinturas que en Tepozotlán nos llamaron la atención, son de Juan Rodríguez Juárez, y consistían en una serie de cuadros que representan la vida de la Virgen. Por cierto que delante de alguno, el de la huida de Egipto, nos detuvimos largo rato. La composición es graciosa, y la ejecución excelente. Nunca olvidaré una media tinta que hay sobre del rostro de la Virgen, y expresa la sombra que le forma el tocado que lleva en la cabeza. En el conjunto de los cuadros nos pareció notar alguna desigualdad. Después ví en los claustros de San Francisco de Querétaro una vida del santo, y otra de San Antonio, ambas de su mano, justamente celebradas. Pero de su persona no tengo noticias; supongo que algo habrás tú averiguado.

Couto.

Dícese que era hermano del presbítero Nicolás, y ambos sobrinos de José Juárez. Debió nacer el año de 1675 ó 76, pues cons-

ta que murió el 14 de Enero de 1728, á la edad de 52 años.[46] Acaso ningún artista hasta su tiempo había alcanzado tanta reputación en México, donde fué conocido con el nombre de Apeles mexicano. Aquí tenemos de él ese San Juan de Dios de cuerpo entero que está arriba; y estos dos bocetos (si pueden llamarse estando tan acabados) de los dos cuadros, la Asunción y la Epifanía, del altar de Reyes en Catedral, Sospecho que son también de su escuela los otros doce cuadros que están repartidos en los dos altares de los lados, así como un San José y una Santa Teresa que hay á bastante altura. Cotejados los de la Asunción y Epifanía con esos bocetos, se observan las variaciones que iba haciendo el artista en su primer pensamiento; variaciones que, ó nacían de las mejoras que le iban ocurriendo, ó eran precisadas por los tamaños de la tabla sobre que pintaba. Hay la tradición de que se retrató á sí mismo en este caballero que está aquí á la izquierda de este espectador en el cuadro de la Epifanía, armado de cota y con una faja azul que baja del hombro á la espalda. Y paréceme que en efecto hay semejanza entre la tal figura

y aquel retrato suyo de medio cuerpo, con casaca azul, que hace tiempo posee la Academia.

Clavé.

Para conocer el mérito de ese pintor, es necesario ver en la iglesia de San Agustín, en la puerta del costado, los dos grandes cuadros que allí dejó, y serán perenne monumento de su gloria. El uno es un San Cristóbal colosal, trazado con vigor é inteligencia; el otro representa una visión de Santa Gertrudis, que está arrodillada en la parte inferior, contemplando á San Agustín que aparece arriba en gloria. Tal vez hasta su tiempo no se había hecho en México pintura que le sacara ventaja. Sin meterme en las comparaciones que hace Beltrami, sin decir que en Rodríguez Juárez hay mucho de Caracci, y que acaso le excede en el colorido y el dibujo, sí creo que el nombre del primero no acabará mientras su cuadro de Santa Gertrudis exista. En los ángulos del corredor alto de San Francisco, hay otras obras suyas, del año de 1702, y entre ellas una del juicio de San

Lorenzo, en la cual llama la atención no menos la noble figura del Santo diácono, que el grupo de mendigos que lo acompañan. También se distinguió en el retrato, como su hermano Nicolás. En el convento del Carmen hay uno del Virrey Duque de Linares, de cuerpo entero, ejecutado por él, de bastante mérito. Sospecho que son también de su mano algunos otros que allí he visto, como el del Marqués de Altamira, notable por el carácter y la verdad del rostro.

Couto.

En las obras de este célebre maestro me ha parecido observar dos tonos distintos correspondientes á dos épocas de su vida. En la primera siguió el colorido que habían usado nuestros pintores del siglo XVII: quiso luego darle esplendidez, y adoptó otro, que es el que se ve en los cuadros de la segunda época. El cambio fué grande; y como lo siguieron los pintores posteriores, puede decirse que es jefe de una nueva escuela mexicana, que duró por todo el siglo XVIII. En lo poco que de él tenemos en

esta galería, observarán vdes. que el San Juan de Dios pertenece á la época primera, y los bocetos á la segunda. La diferencia de entonación en el color salta luego á la vista.

Pesado.

Efectivamente, el San Juan de Dios recuerda bastante la manera de los pintores de quienes hemos venido mirando cuadros hasta aquí, al paso que los bocetos parecen marcar el punto de partida de la escuela de Ibarra, Cabrera, etc.

Clavé.

Todavía la diferencia se haría más sensible, si pudiéramos cotejar el mismo San Juan de Dios con otras pinturas de Juan Rodríguez, v. g.: algunos pasajes del Evangelio que hay en los corredores altos de la Profesa, como la Transfiguración y la Tempestad en la barca. Si no constara que todas son de un autor, yo diría que entre aquella y éstas había mediado un siglo, según lo que varía el colorido.

Couto.

Yo no sé si la novedad hecha por Juan Rodríguez debe atribuirse, al menos en parte, á inspiración venida de fuera; esto es, al deseo de imitar las obras que desde el siglo XVII pudieron empezar á llegar de pintores sevillanos, y señaladamente del gran Bartolomé Murillo. Sabemos que éste, en su primera época, antes de ir á Madrid, se mantenía en Sevilla *pintando de feria*, como dice Palomino, y que aun *hizo una partida de pinturas para cargazón de Indias, con la cual adquirió un pedazo de caudal* para costear el viaje. Muy probable es que algo de ello viniera á México. Además, se cree que la hermosísima Virgen que llaman de Belem, y está en el coro de Catedral, fué un don que, viviendo todavía el pintor, hizo á este cabildo un obispo que pasó para las Filipinas, y se consagró aquí. Si la tradición es fiel, Juan Rodriguez debió ver aquel egregio cuadro, que en un hombre de su talento bastaba para que nacieran nuevas ideas sobre el arte. Por último, consta que de los dos hijos de Mu-

rillo, el mayor, D. Gabriel sugeto de grande habilidad en la pintura, y de mayores esperanzas, vino á Indias, y en ellas murió bien mozo, si bien vivía todavía al tiempo del fallecimianto de su padre, acaecida en Sevilla en el año de 1682. ¿No puede ser la Nueva España el punto adonde viniera? Algunos lo han creído así, y aun sospechan que varias de las pinturas que entre nosotros corren con nombre de Murillo, son del hijo y no del padre.[47] En esa hipótesis éste habría sido otro medio para que á Rodríguez Juárez y sus contemporáneos se comunicara algo del estilo de aquel célebre maestro y de su escuela, especialmente en el color. Pero sea lo que fuere de estas conjeturas, que de tales no pasan, el hecho cierto es, que en Juan Rodríguez encontramos una verdadera novedad, una revolución (como ahora dicen) en la pintura.

Clavé.

Un maestro, sin embargo, conozco que no la siguió, y era de aquel tiempo, según vd. me ha dicho; Cristóbal Villalpando.